

El Santísimo Sacramento – 2 de junio de 2024 – B (Ex 24, 3-8 ; He 9, 11-15 ; Mc 14, 12-16.22-2)



Mi vida nadie la toma, yo la doy. Cada vez que celebramos la Eucaristía celebramos el encuentro de dos libertades: la de Jesús y la nuestra. Dios se da a nosotros sacramentalmente bajo las especies del pan y del vino y nosotros nos damos a Él en la comunión. **Es el sacrificio de un hombre de nuestra raza que ha sido hasta el fin de su vida: Ha hecho de su muerte un acto perfecto de amor que se abandona sin**

reservas en las manos del Padre (Lc 23,46) y en las manos de sus hermanos pecadores (Lc 23,33-34) nos dice J. Hennal SJ

En su última homilía, que nunca terminaremos de agotar, el padre Olivier nos dice: «La Eucaristía es el pan del Reino, en el paraíso no habrá más eucaristía. Es la comida del paseo.» Por eso, en alguna ocasión hacemos la procesión con el Santísimo Sacramento en la calle para señalar la presencia de Jesús en nuestros caminos. Él es el pan que baja del cielo para dar vida al mundo. Viene a unirse a nosotros para conducirnos al Padre. Él es el nuevo Moisés que nos invita a acoger la alianza de Dios con la humanidad.

En cada misa es Dios mismo quien viene a renovar su Alianza con cada uno de nosotros. Estamos ante la bendición, como señala san Pablo en su carta a los corintios. **La copa de bendición que bendicimos, ¿no es comunión con la sangre de Cristo? El pan que partimos, ¿no es comunión con el cuerpo de Cristo? 1 Co 10,15.**



Ir a misa es renovar nuestra Alianza con Dios como una fiesta. Es el banquete de las bodas del Cordero: «Bienaventurados los invitados a los festines de las bodas del Cordero.» **Es recibir la gracia en plenitud** que no está en el orden del mérito. Nadie es digno. Por eso decimos siempre antes de cada comunión: **«Señor, no soy digno de recibirte, pero dice solo una palabra y seré sanado.»**



Ha gustado a Dios darnos su cuerpo y su sangre para que todos seamos felices con la vida misma de Dios. Nadie en el mundo podría darnos más que el que se entregó por nosotros. La vida de Dios es una gracia que debemos recibir como corresponde con gratitud.

Ronel CHARELUS, smm